

EL GIGANTE CIRCUNFLEJO

Sergio Gómez Hernández

Érase una vez, hace ya muchos años, un gigante que vivía en un gran bosque. Poseía una bonita casa un poco peculiar, pues estaba construida con libros de bolsillo, a modo de pequeños ladrillos, que los turistas se dejaban olvidados por ahí. Sin embargo, la tradición gigantotesca exigía tener una enorme casa de madera. Al gigante le parecía horrible tener que talar árboles para construirse una casa, además *La maravillosa casa de las palabras*, como él llamaba a su hogar, era más que suficiente para sus necesidades. El gigante era vegetariano y por ello no comía humanos, como solían hacer los demás gigantes. También era muy aplicado en sus estudios, sabía latín y una anciana le daba clases de francés tres horas por semana.

No obstante, nuestro gigante no era del todo feliz. Lo cierto es que tenía un gran problema. Éste no era su tamaño, que equivalía a dos elefantes haciendo el pino, uno encima del otro. Tampoco pasaba hambre, pues podía tragarse todas las naranjas de un naranjo de una sola vez. La causa de todas sus penas era su nombre: *Circunflejo*. Circunflejo se preguntaba todo el día por qué a él, y no a otro, le había tocado llamarse así. Los demás gigantes del bosque -e incluso algunos enanos- se burlaban de él por poseer tan ridículo y malsonante nombre.

Pese a todo, nuestro enorme héroe se sentía de alguna manera orgulloso de su nombre, pues se lo habían puesto sus padres, los gigantes Puntoyaparte y Tilde, descendientes de la más alta nobleza Gigantotesca de Castilla. Aunque una cosa tenía clara: quería llamarse de otra forma a toda costa, y dejar de ser el hazmerreír de todo el bosque.

Una mañana Circunflejo decidió ir a ver un viejo sabio, el gigante Librogorodus. El camino hasta su casa se salía de los límites del bosque y subía rodeando una montaña hasta la cima. Al llegar a su casa, Circunflejo encontró a Librogorodus trabajando a la luz de una vela, con sus pequeñas lentes casi pegadas al libro que estaba leyendo. Circunflejo, después de saludarlo cortésmente, le pidió de rodillas una solución. El sabio Librogorodus escuchó atentamente a Circunflejo, y luego se quedó pensativo un buen rato, con la frente arrugada y rascándose su larga barba gris. Por fin, Librogorodus dijo:

-Creo que he encontrado una solución.

Y cogió un libro gordísimo de su vasta biblioteca. Pasó unas cuantas páginas, señalando al fin una con su huesudo dedo.

-¿Podré cambiar mi nombre, gran sabio Librogorodus? -preguntó ansioso el pobre Circunflejo.

-Pues, según el gigantísimo libro de los gigantotes, podrás cambiarte el nombre, pero perderás tu condición de gigante. Además, tendrás que convertirte en un animal de no más de un metro.

-¡Un metro! -gritó Circunflejo al borde del llanto-, ¡pero si soy del tamaño de dos elefantes haciendo el pino uno encima del otro! ¿Y en qué animal podría convertirme?

-Reconozco que no es una decisión que se tome todos los días. Bueno... Y no sólo eso -continuó Librogordus-, también deberás elegir entre estos tres nombres: Absurdete, Ridiculín o Pasmado.

Desesperado por lo que acababa de escuchar, Circunflejo abandonó cabizbajo y apesadumbrado la casa del sabio. Una lágrima resbaló por su rosada mejilla. ¡Menudo dilema tenía encima! ¡Qué nombres tan absurdos! Y, en caso de cambiar de nombre, ya nunca más sería un gigante y... ¿Quién sabe? ¿Se convertiría en un topo? ¿En una vulgar ardilla quizás? Entonces, Circunflejo apretó fuertemente los puños y gritó al cielo:

-¡Nooooo! ¡Jamás seré una ardillaaaa...!

De pronto, de la rama de un árbol bajó de un brinco una ardilla roja. Ésta le dijo a Circunflejo:

-¡Hola Circunflejo! Estaba en este árbol royendo una nuez y te he oído gritar. Pareces triste... Por cierto... ¿Qué tienes tú en contra de las ardillas? ¿Y por qué has de convertirte en una?

Circunflejo le contó a la ardilla su desesperada situación y lo que le había revelado Librogordus, y ésta, echándose a reír, le dijo:

-Pues si a ti no te gusta tu nombre, fíjate en el mío... ¡Pasmada! ¡Me llamo Pasmada! Hace unos años fui a consultar a la anciana y gran sabia la ardilla Estudiaquetestudia por el mismo asunto que el tuyo. Después de consultar decenas de libros sobre la historia de las ardillas rojas me dijo que si quería cambiarme el nombre tendría que elegir entre: Ardillitalabichita, Ardillalapeladilla y Circunfleja. ¡Precisamente Circunfleja! Además me aseguró que perdería mi condición de ardilla, y tendría que transformarme en un animal mucho más grande y gordo... Por entonces no estaba preparada para una decisión tan difícil y, como puedes ver, sigo siendo la misma ardilla de siempre. En ocasiones me pregunto cómo sería mi vida si me decidiera a dar ese paso tan importante.

Las lágrimas de Circunflejo eran ahora de alegría. Al oír la historia de Pasmada, de repente ya no se sentía tan solo. Le preguntó a la ardilla:

-¿Qué te parecería si me pusiera de nombre Pasmado? ¡Sería un animal tan alegre y simpático como tú y ya no se reiría todo el bosque de mí!

Pasmada le contestó:

-¿Y si yo me llamara Circunfleja? Ya no serías tú el único con un nombre tan feo... Además, siempre he querido ser oso panda ¡sí, un gran oso panda!

-¡Así será! -gritó Circunflejo-. ¡Ahora mismo iré a ver al bueno de Librogordus! Yo también podré ser un oso panda, aunque sea con el nombre más ridículo de todo el bosque: ¡Pasmado!

-Y yo iré a ver a la ardilla Estudiaquetestudia y seré la oso panda con el nombre más absurdo del lugar.

Y así lo hicieron el gigante Circunflejo -hoy día Pasmado- y la ardilla Pasmada -hoy día Circunfleja-. Y como le cogieron el gusto a eso de tomar decisiones importantes, decidieron casarse y tuvieron tres hijos, de nombres Orejudusnegrus, Piesgordus y Ocicorrechunchus.

No me gustaría acabar esta historia sin presentarme. Mi nombre es Ana, la encargada de enseñar a los tres osos panda Historia Universal Gigantotesca. Tal y como me indicó Pasmado, me saltaré la lección que corresponde a los cambios de nombre... Ahora mismo están en el recreo, jugando por el bosque, excepto Orejudusnegrus, que lo tengo frente a mí, leyendo un libro, cómo no, de bolsillo.

FIN



Críticas y comentarios: sergio.gomez.hernandez@gmail.com